

JUAN PABLO II Y LA FILOSOFÍA

MODESTO SANTOS

Juan Pablo II no ha elaborado ninguna filosofía propia ni ningún sistema filosófico. No es de su competencia como Sucesor en la Cátedra de Pedro. «La Iglesia no propone una filosofía propia ni canoniza una filosofía en particular con menoscabo de otras». (Pío XII, *Humani Generis*, 566; Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 49).

Pero la Iglesia no es ajena, ni puede serlo, a esa pregunta que anida en el corazón de todo hombre: la pregunta por la verdad y el sentido de su existencia, y a la que toda auténtica filosofía intenta responder.

Juan Pablo II, consciente de que «entre los diversos servicios que la Iglesia ha de ofrecer a la humanidad hay uno del cual es responsable de un modo muy particular: la *diaconía de la verdad* (*Fides et Ratio* 2), ha desplegado un extenso magisterio sobre el problema de la verdad, de la verdad del ser y del obrar humano, que ha quedado plasmado sobre todo en esos dos documentos proféticos que son *Veritatis Splendor* (1993) y *Fides et Ratio* (1998).

Es desde este servicio a la verdad desde el que el Papa ha hecho una espléndida aportación a la filosofía. ¿En qué ha consistido esta aportación?

Responder plenamente a esta pregunta exigiría una exposición detallada del contenido de estos dos documentos que, obviamente, iría más allá de los límites concedidos a mi intervención en este sencillo homenaje que las Facultades Eclesiásticas de la Universidad de Navarra queremos rendir al Papa en el XXV Aniversario de su Pontificado.

1. PRIORIDAD DEL PENSAR FILOSÓFICO SOBRE LOS SISTEMAS FILOSÓFICOS

Quisiera por ello limitarme a destacar un punto concreto que pone de relieve, a mi juicio, la novedad a la vez que la actualidad de su aportación. A saber, la prioridad que Juan Pablo II concede al pensar filosófico sobre todo sistema filosófico.

Merecen ser recogidas en su integridad las palabras del Papa:

«La capacidad especulativa que es propia de la inteligencia humana, lleva a elaborar, a través de la actividad filosófica, una forma de pensamiento riguroso y a construir así, con la coherencia lógica de las afirmaciones y el carácter orgánico de los contenidos, un saber sistemático. Gracias a este proceso, en diferentes contextos culturales y en diversas épocas, se han alcanzado resultados que han llevado a la elaboración de verdaderos sistemas de pensamiento.

Históricamente esto ha provocado a menudo la tentación de identificar una sola corriente con todo el pensamiento filosófico. Pero es evidente que, en estos casos, entra en juego una cierta «soberbia filosófica» que pretende erigir la propia perspectiva incompleta en lectura universal.

En realidad, todo sistema filosófico, aun con respeto siempre de su integridad sin instrumentalizaciones, debe reconocer la prioridad del pensar filosófico, en el cual tiene su origen y al cual debe servir de forma coherente.» (*Fides et Ratio*, 4).

Frente a la proliferación de sistemas filosóficos que han provocado con frecuencia la tentación de identificar una sola corriente con todo el pensamiento filosófico erigiendo la propia perspectiva incompleta en lectura universal, Juan Pablo II nos invita a redescubrir y potenciar el pensar filosófico que goza de prioridad sobre los diversos sistemas, por muy rigurosos que intenten presentarse.

No son los sistemas filosóficos los que deben dominar, imponerse sobre el saber filosófico. No es la filosofía —el saber filosófico— la que debe someterse a los sistemas filosóficos. Son éstos los que deben abrirse a la filosofía, pues en ella tienen su origen y a ella deben servir.

2. DIGNIDAD Y VOCACIÓN ORIGINARIA DE LA FILOSOFÍA

De ahí que el objetivo que el Papa se propone es:

«Devolver al hombre contemporáneo la auténtica confianza en sus capacidades cognoscitivas y ofrecer a la filosofía un estímulo para que pueda recuperar y desarrollar su plena dignidad.»

«La filosofía, que tiene la gran responsabilidad de formar el pensamiento y la cultura por medio de la llamada continua a la búsqueda de lo verdadero, debe recuperar con fuerza su vocación originaria» (*FR*, 6).

La filosofía es, en frase del Papa, «una de las tareas más nobles de la actividad humana». Merece por ello el respeto debido a la persona humana, a ese sujeto inteligente y libre, principio y señor de sus actos, que está llamado a buscar la verdad— la verdad de su ser y de su obrar— mediante el libre ejercicio de su inteligencia.

Como tal actividad humana, la filosofía exige ser respetada tanto en sus principios como en su método de alcanzar la verdad, es decir, debe ser respetada en su consistencia y autonomía. No puede ser instrumentalizada, puesta al servicio de ideologías, de intereses ajenos a la búsqueda y libre aceptación del bien de la verdad. Y solamente desde el respeto a su dignidad como específica actividad humana podrá la filosofía alcanzar su plena dignidad.

El Papa tiene, como no podía ser menos, un respeto exquisito a la dignidad de la filosofía.

«La filosofía, incluso cuando se relaciona con la teología, debe proceder según sus métodos y sus reglas; de otro modo, no habría garantías de que permanezca orientada a la verdad, tendiendo a ella con un procedimiento racionalmente controlable. De poca ayuda sería una filosofía que no procediese a la luz de la razón según sus propios principios y metodología específicas. En el fondo, la raíz de la autonomía de la que goza la filosofía radica en el hecho de que la razón está por naturaleza orientada a la verdad y cuenta en sí misma con los medios necesarios para alcanzarla. Una filosofía consciente de este “estatuto constitutivo” suyo, respeta necesariamente también las exigencias y las evidencias propias de la verdad revelada.» (*FR*, 49).

Claro es que cualquier sistema filosófico que tenga en su punto de partida el olvido, la desconfianza, o la negación del poder de la inteligencia de alcanzar la verdad a la que por su propia naturaleza está orientada, constituye de suyo una transgresión de la dignidad de la filosofía, del saber filosófico.

El propósito de Juan Pablo II de ofrecer a la filosofía un estímulo para recuperar y desarrollar su plena dignidad viene motivado, por «el hecho de que, sobre todo en nuestro tiempo, la búsqueda de la verdad última parece a menudo obscurecida».

«Se han construido sistemas de pensamiento complejos que han producido sus frutos en los diversos ámbitos del saber, favoreciendo el desarrollo de la cultura y de la historia. La antropología, la lógica, las ciencias naturales, la historia, el lenguaje..., de alguna manera han abarcado todas las ramas del saber.

Sin embargo, los resultados positivos alcanzados no deben llevar a descuidar el hecho de que la razón misma, movida a indagar de forma unilateral sobre el hombre parece haber olvidado que éste está también llamado a orientarse hacia una verdad que lo trasciende...

Así ha sucedido que, en lugar de expresar mejor la tendencia a la verdad, bajo tanto peso la razón de saber se ha doblegado sobre sí misma haciéndose, día tras día, incapaz de levantar la mirada hacia lo alto para atreverse a alcanzar la verdad del ser.

La filosofía moderna, dejando de orientar su investigación sobre el ser, ha concentrado la propia búsqueda sobre el conocimiento humano. En lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, ha preferido destacar sus límites y condicionamientos.

Ello ha derivado en varias formas de agnosticismo y de relativismo, que han llevado a la investigación filosófica a perderse en las arenas movedizas de un escepticismo general» (*FR*, 5).

Bajo tanto peso la razón de saber se ha doblegado sobre sí misma, haciéndose incapaz de atreverse a alcanzar la verdad del ser. Ésta es una de las muchas paradojas de la cultura moderna.

Nuestro indudable avance en el campo de los saberes particulares y en el dominio de las técnicas que éstos nos proporcionan, ¿ha contribuido a hacernos crecer en el ámbito de la sabiduría especulativa y práctica, es decir, en el ámbito del saber filosófico? ¿O, por el contrario, la razón doblegada por el peso de tantos sistemas, se ha obstruido su propio camino hacia el auténtico saber filosófico? ¿No ha decaído con ello la dignidad de la filosofía y, por lo mismo, no ha caído ésta en el olvido, si no ya en la pérdida, de su vocación originaria?

Juan Pablo II establece una relación estrecha entre la dignidad y la vocación originaria de la filosofía. La filosofía es etimológicamente, originariamente, amor a la sabiduría. Un amor a la sabiduría que la impulsa a una búsqueda constante de la verdad, y a un creciente progreso hacia su plena posesión frente al intento de encerrarla en cualquier sistema.

3. ¡ATRÉVETE A SABER! ADQUIERE LA SABIDURÍA, ADQUIERE LA INTELIGENCIA

El Papa dirigirá por ello a los cultivadores de la filosofía y a los hombres de nuestro tiempo un imperativo: Adquiere la sabiduría; adquiere la inteligencia (*Prov.* 4, 5) (*FR*, 21).

Me atrevería a decir que el Papa reconduce a su verdadero sentido aquel *¡Sapere aude!* ¡Atrévete a saber! de la Ilustración que ha mostrado su fracaso por partir de un concepto distorsionado de razón que, dejando a un lado su connatural apertura a la realidad, se autoerigió en razón creadora de todos sus objetos teóricos y prácticos. Y ello desde una asunción acrítica de la visión reductiva del poder de la razón autolimitada a la constatación de hechos y de su formalización lógico-matemática que representó el empirismo.

Frente a estos dos sistemas filosóficos, a saber, el sistema autonomista y el empirista, en los que el poder de la razón queda notoriamente empobrecido por haber dejado a un lado su connatural apertura a la realidad sin restricción que la trasciende, plegándose sobre sí misma para cerrarse en la reflexión sobre su propio límite y finitud, Juan Pablo II pide a la filosofía recuperar su dimensión sapiencial, por cuanto es ésta la que constituye el alma, el principio motor de un auténtico pensar filosófico.

«Es necesario que la filosofía encuentre de nuevo su dimensión sapiencial de búsqueda del sentido último y global de la vida. Esta primera exigencia, pensándolo bien, es para la filosofía un estímulo utilísimo para adecuarse a su misma naturaleza. En efecto, haciéndolo así, la filosofía no sólo será la instancia crítica decisiva que señala a las diversas ramas del saber científico su fundamento y límite, sino que se pondrá también como última instancia de unificación del saber y del obrar humano, impulsándolos a avanzar hacia un objetivo y un sentido últimos.

Esta dimensión sapiencial se hace hoy más indispensable en la medida en que el crecimiento inmenso del poder técnico de la humanidad requiere una conciencia renovada y aguda de los valores últimos. Si a estos medios técnicos les faltara la ordenación hacia un fin no meramente utilitarista, pronto podrían revelarse inhumanos, e incluso transformarse en potenciales destructores del género humano» (*Cfr. Redemptor Hominis*, 286-289; *FR*, 81).

Esta llamada del Papa a que la filosofía encuentre de nuevo su dimensión sapiencial es particularmente urgente en una cultura actual que, regida hegemónicamente por la racionalidad científico-técnica, presenta como una de sus notas más destacadas la crisis de la verdad y del sentido.

«Uno de los elementos más importantes de nuestra condición actual es “la crisis del sentido”. Los puntos de vista, a menudo de carácter científico, sobre la vida y sobre el mundo se han multiplicado de tal forma que podemos constatar cómo se produce el fenómeno de la fragmentariedad del saber. Precisamente esto hace difícil y a menudo vana la búsqueda del sentido. Y lo que es aún más dramático, en medio de esta baráunda de datos y de hechos en los que se vive y que parecen formar la trama de la existencia, muchos se preguntan si todavía tiene sentido plantearse la cuestión del sentido. La pluralidad de las teorías que se disputan la respuesta, o los diversos modos de ver y de interpretar el mundo y la vida del hombre, no hacen más que agudizar esta duda radical, que fácilmente desemboca en un estado de escepticismo y de indiferencia o en las diversas manifestaciones del nihilismo» (*FR*, 81).

No puede ser más actual esta invitación del Papa a que la filosofía encuentre de nuevo su dimensión sapiencial en una cultura como la nuestra en la que una de sus notas más destacadas es la fragmentariedad del saber, la pérdida de una visión unitaria y orgánica del saber, como consecuencia de ese uso unilateral del poder de la razón atrapada por «los condicionamientos de la mentalidad inmanentista y las estrecheces de una lógica tecnocrática» (*FR*, 15).

«En la cultura moderna ha cambiado el papel mismo de la filosofía. De sabiduría y saber universal, se ha ido reduciendo progresivamente a una de tantas parcelas del saber humano; más aún, en algunos aspectos se ha limitado a un papel del todo marginal. Mientras, otras formas de racionalidad se han ido afirmando cada vez con mayor relieve, destacando el carácter marginal del saber filosófico.

Estas formas de racionalidad, en vez de tender a la contemplación de la verdad y a la búsqueda del fin último y del sentido de la vida, están orientadas —o, al menos, pueden orientarse— como «razón instrumental» al servicio de fines utilitaristas, de placer o de poder...

En las líneas de estas transformaciones culturales, algunos filósofos, abandonando la búsqueda de la verdad por sí misma, han adoptado como único objetivo el lograr la certeza subjetiva o la utilidad práctica. De aquí se desprende como consecuencia el ofuscamiento de la auténtica dignidad de la razón, que ya no es capaz de conocer lo verdadero y de buscar lo absoluto» (*FR*, 47).

¿Cómo superar esta situación de crisis que afecta hoy a grandes sectores de la filosofía? ¿Qué camino hay que emprender para que la filosofía recupere su plena dignidad y su dimensión sapiencial acorde con su vocación originaria?

La respuesta del Papa no se deja esperar.

«Es necesaria una filosofía de alcance auténticamente metafísico, capaz de trascender los datos empíricos para llegar, en su búsqueda de la verdad, a algo absoluto, último y fundamental. Ésta es una exigencia implícita tanto en el conocimiento de tipo sapiencial, como en el de tipo analítico; concretamente es una exigencia propia del conocimiento del bien moral cuyo fundamento último es el sumo Bien, Dios mismo.

No quiero hablar aquí de una metafísica como si fuera una escuela específica o una corriente histórica particular. Sólo deseo afirmar que la realidad y la verdad trascienden lo fáctico y lo empírico, y reivindicar la capacidad que el hombre tiene de conocer esta dimensión trascendente de manera verdadera y cierta, aunque imperfecta y analógica.

En este sentido, la metafísica no se ha de considerar como alternativa a la antropología, ya que la metafísica permite precisamente dar un fundamento al concepto de dignidad de la persona por su condición espiritual. La persona, en particular, es el ámbito privilegiado para el encuentro del ser y, por tanto, de la reflexión metafísica». (*FR*, 83).

Y al llegar a este punto es cuando Juan Pablo II abre la filosofía, como saber sapiencial en busca de la verdad y sentido último del ser y del obrar humano, al ámbito de la fe. A esa relación entre razón y fe, entre filosofía y teología marcada por la circularidad.

«Para la teología, el punto de partida y la fuente original debe ser siempre la palabra de Dios revelada en la historia, mientras que el objetivo final no puede ser otro que la inteligencia de ésta, profundizada progresivamente a través de las generaciones.

Por otra parte, ya que la palabra de Dios es Verdad (cfr. *Jn* 17,17), favorecerá su mejor comprensión la búsqueda humana de la verdad, o sea, el filosofar, desarrollado en el respeto a sus propias leyes. No se trata simplemente de utilizar, en la reflexión teológica, uno u otro concepto de un sistema filosófico, sino que es decisivo que la razón del creyente emplee sus capacidades de reflexión en la búsqueda de la verdad dentro de un proceso en el que, partiendo de la palabra de Dios, se esfuerza por alcanzar su mejor comprensión. ... De esta relación de circularidad con la palabra de Dios, la filosofía sale enriquecida, porque la razón descubre nuevos e inesperados horizontes.» (*FR*, 73).

No puedo detenerme aquí en este punto de extraordinaria novedad y fecundidad en la aportación de Juan Pablo II a la filosofía.

Me limitaré a señalar la mediación que la metafísica ejerce tanto en el auténtico saber filosófico como en el teológico.

«Una filosofía carente de la cuestión sobre el sentido de la existencia incurriría en el grave peligro de degradar la razón a funciones puramente instrumentales, sin ninguna pasión por la verdad.» (FR, 81).

«Un pensamiento filosófico que rechazase cualquier apertura metafísica sería radicalmente inadecuado para desempeñar un papel de mediación en la comprensión de la Revelación», y «Una teología sin horizonte metafísico no conseguiría ir más allá de la experiencia religiosa y no permitiría al *intellectus fidei* expresar con coherencia el valor universal y trascendente de la verdad revelada.» (FR, 83).

4. AUDACIA DE LA RAZÓN Y VALENTÍA DE LA FE

Frente a la separación entre la fe y la razón filosófica que cabe advertir en nuestro tiempo, Juan Pablo II exige

«un esfuerzo de discernimiento, ya que tanto la fe como la razón se han empobrecido y debilitado una ante la otra. La razón, privada de la aportación de la Revelación, ha recorrido caminos secundarios que tienen el peligro de hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal» (FR, 48).

Como se ha dicho con mucho acierto,

«la fe no es una resignación de la razón ante los límites de nuestro conocimiento. No es una expresión de cansancio o huida, sino de valentía ante el ser y apertura hacia la grandeza y amplitud de la realidad. La fe no crece a partir del resentimiento y del rechazo de la racionalidad, sino a partir de una afirmación fundamental de una más amplia racionalidad. En la crisis actual de la razón, ha de brillar de nuevo con claridad la verdadera naturaleza de la fe, que salva a la razón precisamente porque la abraza en toda su amplitud y profundidad, y la protege contra los intentos de reducirla a lo que puede ser verificado experimentalmente.

El misterio no se alza contra la razón; al contrario, salva y defiende la racionalidad del ser y del hombre.» (Cfr. J. Ratzinger, «Perspectivas y tareas del catolicismo en la actualidad y de cara al futuro», en *Catolicismo y Cultura*, Madrid, 1990, 103).

«Es ilusorio pensar que la fe —concluye el Papa diciendo—, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición. Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser.

No es inoportuna, por tanto, mi llamada fuerte e incisiva para que la fe y la filosofía recuperen la unidad profunda que les hace coherentes con su naturaleza en el respeto de la recíproca autonomía. A la parresía de la fe debe corresponder la audacia de la razón» (*FR*, 48).

5. LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD DESDE EL AMOR A LA SABIDURÍA: UNA TAREA DE TODOS

No quiero terminar estas breves reflexiones sobre la aportación de Juan Pablo II a la filosofía sin referirme a una afirmación que el Papa hace sobre el derecho universal de acceso a la verdad como una aportación del cristianismo frente al carácter elitista que su búsqueda tenía entre los antiguos y que hoy podrían atribuirse los expertos en sistemas filosóficos.

«Abatidas las barreras raciales, sociales y sexuales, el cristianismo había anunciado desde sus inicios la igualdad de todos los hombres ante Dios. La primera consecuencia de esta concepción se aplicaba al tema de la verdad. Quedaba completamente superado el carácter elitista que su búsqueda tenía entre los antiguos, ya que siendo el acceso a la verdad un bien que permite llegar a Dios, todos deben poder recorrer este camino» (*FR*, 38).

Desde este derecho universal de acceso a la verdad, Juan Pablo II invita a ejercerlo a todos, en cuanto que todos, sean o no profesionales de la filosofía, de la teología o de la ciencia, han recibido el don del alcanzarla como vía que conduce a la sabiduría.

Juan Pablo II dirige así su llamada

A los filósofos: «¡Que tengan la valentía de recuperar, siguiendo una tradición filosófica perennemente válida, las dimensiones de auténtica sabiduría y de verdad, incluso metafísica, del pensamiento filosófico». (*FR*, 106).

A los teólogos: «Que dediquen particular atención a las implicaciones filosóficas de la palabra de Dios y realicen una reflexión de la que emerja la di-

mención especulativa y práctica de la ciencia teológica. Deseo agradecerles su servicio eclesial. La relación íntima entre la sabiduría teológica y el saber filosófico es una de las riquezas más originales de la tradición cristiana en la profundización de la verdad» (FR, 105).

«La verdad revelada, al ofrecer plena luz sobre el ser a partir del esplendor que proviene del mismo Ser subsistente, iluminará el camino de la reflexión filosófica. En definitiva, la Revelación cristiana llega a ser el verdadero punto de referencia y confrontación entre el pensamiento filosófico y el teológico en su recíproca relación. Es deseable, pues, que los teólogos se dejen guiar por la única autoridad de la verdad, de modo que se elabore una filosofía acorde con la Palabra de Dios» (FR, 79).

A todos: «Pido a todos que fijen su atención en el hombre, que Cristo salvó en el misterio de su amor, y en su permanente búsqueda de verdad y sentido.

Diversos sistemas filosóficos, engañándolo, lo han convencido de que es dueño de sí mismo, que puede decidir autónomamente sobre su propio destino y su futuro confiando en sí mismo y en sus propias fuerzas. La grandeza del hombre jamás consistirá en esto. Sólo la opción de insertarse en la verdad, al amparo de la Sabiduría y en coherencia con ella, será determinante para su realización. Solamente en este horizonte de la verdad comprenderá la realización plena de su libertad y su llamada al amor y al conocimiento de Dios como realización suprema de sí mismo» (FR, 107).

Creo que el mejor homenaje a Juan Pablo II en el XXV Aniversario de su Pontificado será el de volver una y otra vez a leer y asimilar su espléndido magisterio sobre ese valor de la Verdad que está llamado a brillar en estos comienzos del siglo XXI con «nuevo resplandor».

Modesto SANTOS
 Facultad Eclesiástica de Filosofía
 Universidad de Navarra
 PAMPLONA